

# Perdurar en el silencio:

## Poesía Reunida (2008-2018)

Por: Carlos Iglesias Díez

En el instante mismo donde coinciden un eclipse y un cometa, Magdalena Camargo Lemieszek inicia una andadura poética cimentada sobre la íntima certeza de que el dolor es un círculo, cuyo cierre resulta imposible. Bajo su paradójica y constante advocación, y tomando como eje el divorcio entre la realidad y el deseo, entre el orden y el caos, la poeta panameña de origen polaco nos brinda a cambio una mirada nueva, merced a la cual podemos alternativamente proyectarnos y, como un niño al abrir por primera vez los ojos, abarcar el mundo entero.

Así pues, en la larga década de escritura que estas páginas encierran, el lector se acompasa al preciso camino de una voz mestiza y cambiante, en cuyo perpetuo deambular por bosques, piélagos, montañas y faros no late más que el secreto afán por recobrar todo aquello que una vez perdió, pues, como dictan unos lejanos versos de Agustín García Calvo, tan solo de lo negado nos alimentamos y vivimos. Siguiendo así el rastro de los mitos convocados por Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras* y por Robert Graves en *La Diosa blanca*; de la existencia al filo del abismo de Alejandra Pizarnik; de los parajes devastados y espectrales de Juan Rulfo; y de la ironía glacial que se agita y cae como la nieve en los poemas de Szymborska y Herbert, Magdalena Camargo Lemieszek cincela sus emociones igual que si tallara figuras en el humo. Y lo hace convencida de que es preferible arder y consumirse en el fuego de los malos hábitos, antes que desvanecerse frente al vacío de un espejo que ni siquiera nos devuelve el reflejo de nuestra propia imagen.

Dicho convencimiento constituye, en suma, el invisible hilo que une y vincula sus cuatro libros. Desde esta perspectiva, nos ofrece un recorrido a la inversa, trazando una parábola que parte del presente y se prolonga hacia lo lejano, sin que por ello se altere la esencia de una escritura guiada por el impulso nómada de quien sabe que «solo somos realmente nosotros / solo nos consumamos / el día que partimos». En consecuencia, *El preciso camino hacia la nada* nos hace partícipes de una progresiva (auto)disolución, dictada ya desde el origen, y a la cual se añaden símbolos de una conciencia que poco a poco se desdobra y

disgrega; como si la vida fuera, al fin y al cabo, una cruel partida de ajedrez de la que siempre salimos derrotados. A lo largo de veintidós poemas, Magdalena Camargo Lemieszek sostiene y alza su particular universo sobre una dolorosa escisión: la que existe entre una belleza que, de modo análogo a la mariposa y la paloma, pugna por levantar su vuelo, y la constatación definitiva de que solo en el vacío y el silencio perduramos. En medio de ambos extremos, el despliegue metafórico —peces que se ahogan buscando, bajo el agua, su propio destino; mercaderes que acarrean el mundo a sus espaldas; cerezas que abren su pulpa, roja como una herida; cifras que señalan la medida exacta del universo— transforma la experiencia del dolor individual en una catarsis colectiva.

Y es que el continuo trasvase entre la vida y el mito, entre la realidad y el sueño, confiere a la escritura de Magdalena Camargo Lemieszek una dimensión épica y universal que halla su punto culminante en *La doncella sin manos*, tercero de sus libros y merecedor de un accésit en el Premio Adonais de 2015. En efecto, si *El preciso camino hacia la nada* describía el abandono paulatino de la identidad, las manos cortadas se erigen aquí en metáfora del inevitable tránsito desde la infancia hasta la madurez y, por consiguiente, de la pérdida definitiva de la inocencia. Haciendo uso de un tono salmódico que otorga a todo el libro un halo de conjuro o hechizo, así como de una imaginería que bebe por igual de las parábolas bíblicas, de las sagas nórdicas y de los cuentos infantiles de Perrault y los hermanos Grimm, Magdalena Camargo Lemieszek eleva al aire sus poemas como si se tratase de plegarias contra la desmemoria y el olvido. O bien los convierte en cartas que arroja el mar con la certeza de que el oleaje y la distancia se las tragarán. No por casualidad, *La doncella sin manos* también admite ser leído como un ingreso en el país de la tristeza, el reverso sombrío de aquel Reino de Nunca Jamás imaginado por James M. Barrie, y presidido por el lema de «que aun en la tempestad estamos solos».

Idéntico desarraigo y parecida soledad impregnan el reencuentro espiritual de la autora con las tradiciones de su tierra panameña en *El espejo sin imagen*, un compendio fascinante de poemas donde el recuerdo de la infancia perdida y los anhelos incumplidos se alían con una temporalidad de raíz barroca, merced a la cual la existencia se asemeja a un molino implacable cuyas aspas todo lo trituran y deshacen. Ello se entreteje, asimismo, con referencias diversas a costumbres, animales, plantas y seres fantásticos adscritos al imaginario local panameño, dando así lugar a un retablo en el que los comejenes, los chivatos, los duendes, las brujas y los changos difuminan los límites entre la consciencia y la alucinación, mientras la propia imagen, al igual que la sombra de Clara Aparicio, se diluye ante el espejo como si nunca hubiera existido.

Sí resulta posible, sin embargo, recuperar el vínculo con la vida mediante la escritura, uno de esos *Malos hábitos* junto a un buen puñado de textos inéditos. A partir de una serie de poemas que por su brevedad se aproximan al impresionismo lírico y a la emoción instantánea y fugaz del haiku, Magdalena Camargo Lemieszek construye aquí un discurso entrecortado, elíptico y conciso, donde el peso de lo que se intuye o se sugiere es tan importante como las propias palabras, replegadas sobre sí mismas igual que una canción de cuna, susurrada para adormecer a los fantasmas y para apaciguar a los animales interiores. Con todo, en los versos de este libro inicial, atravesados por una idea de la escritura como redención frente al desgaste incesante de los días, se pueden hallar los rasgos básicos que vertebran toda su poesía, a saber: un desarraigo que se expande desde el interior hacia el exterior, salpicando cada resquicio de un mundo que, en este caso, es contemporáneo y urbano (comprimidos; bares envueltos en humo; ciudades desiertas, varadas como barcos en la madrugada; el parpadeo inútil del cursor) ; el amor como impulso contradictorio y dual, capaz de aunar en sí mismo la cima y el vértigo, el ascenso y la caída; la palabra, en fin, como catarsis y razón de vida.

Una vez que ha terminado el viaje por las páginas de su obra reunida, percibimos que la poesía de Magdalena Camargo Lemieszek se parece a un iceberg tras cuyo avance también se desprende un trozo de nuestra conciencia. Y albergamos, en definitiva, una certeza paradójica: la de que, a través de la bruma, vislumbramos con mayor claridad quiénes somos.